

Carne de perra

O toño. Media tarde. El sol se asoma entre las nubes y una leve brisa levanta las hojas. El Pontiac rojo cruza por el costado de Plaza Italia, dobla en Bustamante hacia el sur, se estaciona. ¿Por qué nos detenemos?, dice ella. ¿No íbamos al cine? ¡Muñeca! La tarde parece de primavera. Caminar por el parque nos va a hacer bien. A mí me gusta ir al cine. Me gusta ver películas. Con parsimonia él apaga el contacto, apaga la radio, apaga el cigarrillo. ¿Tendría que importarme lo que a ti te gusta? Hoy no quiero enojarme, ¿sabe? Le tengo una sorpresa, así que ¡ya! ¡Se me baja del auto! Ella obedece. Atraviesan la calle juntos, caminan por el sendero de gravilla. Ella, con la cabeza gacha, mira la nube de polvo gris que levantan sus pasos. El hombre la toma con firmeza. La detiene. ¿Acaso no me cree, que anda como mula vieja arrastrando las patas? Mire cómo está dejando los zapatos nuevos. ¿Quién se los compró? ¿Quién le compró ese vestido, la cartera? Yo pues, su Príncipe. ¿Por qué desconfía de mi sorpresa? ¿Ves el edificio del frente? Están parados en medio del sendero. Él, algo doblado, su cara junto a la de ella. Apunta con el dedo. Aquel, el de portón vidriado. Fíjese en el tercer piso, en el departamento con rejas en el balcón. ¿Lo puedes ver? Sí, dice ella, ¿por qué? ¿Qué tiene de especial? Allí vamos. En ese tercer piso está la sorpresa.

FICHA

- **Título:** 'Carne de perra'
- **Autor:** Fátima sime
- **Género:** Novela
- **Editorial:** Txalaparta
- **Páginas:** 176



1

Está desnuda, tirada sobre un piso de baldosas. Tiene los ojos vendados y las manos atadas a la espalda. Con la piel húmeda, siente que se congela. Aunque no hay signos visibles de la reciente tortura cada vez que tiritita el dolor es intenso. De pronto percibe a su lado un cuerpo, una respiración ronca, fatigosa. Y a ti, ¿en qué momento te trajeron? Háblame, por favor; tienes que aguantar. Pero solo escucha estertores cada vez más débiles. Se arrastra con dificultad

hasta quedar junto a ese otro cuerpo. No sabe si la oye, pero como un mantra, como una letanía, le susurra frases de consuelo. La puerta, al abrirse, emite un chasquido. Instintivamente ella se contrae. Es inútil su rigidez. A tirones la separan de la otra chica. ¡No! ¡No se la lleven! ¡No ven que se está muriendo? Una voz nueva, desconocida: Tranquílcese, señorita. Se la llevan para que la vea un doctor. Son unos brutos. Mire lo que han hecho. Le pido disculpas. Emite órdenes que se cumplen de inmediato. Liberan sus manos, cubren sus hombros, le retiran la venda. Después de tres días en la oscuridad, pestañea para acostumbrar sus pupilas a la luz. La voz pertenece a un hombre alto, delgado, de bigote fino. A diferencia de los demás, que llevan uniforme, él viste terno y corbata. Está frente a ella, con las manos a la espalda y el tórax desafiante. Un cigarrillo colgando de la comisura le da un aspecto de ¿galán de película? Parece ridículo, pero así es.

Así lo percibe ella al menos. ¿Desde cuándo no come?, se dirige a sus hombros, pero sin apartar los ojos de ella. Unos ojos amarillos o azules como el cielo que acaba de nombrar. No más «Cielo» para ella. Que se duche, se vista y coma algo. Cuando esté lista, me avisan. Usted, deje de tiritar, le dije que se tranquilizara. Ya verá cómo yo soluciono este malentendido.

2

No puede creer que solo un piso de distancia la separe del horror donde estuvo. Es una oficina con escritorio, sillas, máquina de escribir. El hombre, rodeado de papeles y ▶▶



►► carpetas, ha perdido ferocidad. Tome asiento, dice mostrando la silla. Se dieron cuenta del error; piensa ella. Le pedirán que jure que la trataron correctamente y que cooperó en forma voluntaria. Pondrá su firma en un formulario. A todo dirá que sí. Le entregarán el carné y caminará hacia la calle como si nada hubiera pasado. El tipo la mira un rato en silencio, abre una carpeta y lee en voz alta: María Rosa Santiago López, veinticuatro años, profesión: enfermera universitaria. Se detiene, hace un gesto de asombro enarcando las cejas. El cigarrillo continúa en la comisura de la boca. Retira unas

fotos. Toma una y se la muestra. Por lo que veo, dice, heredó el pelo de su padre. Porque este es su padre, ¿verdad? Sí, sí. Es mi papá. Él lee: Nicanor del Tránsito Santiago Farías, boliviano el caballero. Aquí dice que ingresó a Chile el año 1940. ¿Por qué no se ha nacionalizado el señor Santiago? Son muchos años en Chile, ¿no le parece? Ella: No sé, yo no tenía idea. ¿Debería haberlo hecho? ¿Es un delito? ¡Señorita! ¡Por favor! No estamos aquí para hablar de delitos. Se ve que su padre es un hombre intachable. Además, un hombre de esfuerzo: chofer de taxi con auto propio.

Cuotas del préstamo al día. Secretario del Sindicato de Choferes de Taxi en Limache. Parece un muy buen hombre su padre. Bonita familia. Toma otra foto de la carpeta. Aquí tengo a la señora: doña Rosa Esther López Rojo, profesora de castellano. ¿Qué más dice por aquí? ¡Mire!, el pelo de la profesora, crespo como el de su hermana María Elena y el de su hermana María Luisa. Va colocando las fotos en fila. ¡Qué bonita familia! Hay que cuidar que a esta familia no le ocurra nada. ¡Me gustan las familias unidas! Ella se pregunta por qué tanto discurso para dejarla libre. ¿Por



SOBRE LA AUTORA
FÁTIMA SIME

Fátima Sime (1958, Santiago de Chile) es escritora y matrona de profesión. Estudió Dramaturgia y Guión y Filosofía de las Ciencias Cognitivas. Ha publicado la novela *Carne de perra* (LOM, 2009; Cuneta, 2022) y el libro de cuentos *Noticias sobre ti misma* (Cuarto Propio, 2013). Con este ganó en 2014 el Premio Mejor Obra Literaria del Consejo del Libro y la Lectura en la categoría cuento. Su primera novela, que ahora publica Txalaparta, obtuvo la mención honrosa en el Premio Municipal de Literatura 2010 y fue elogiada por la crítica.



qué alargar el momento? Él: ¡Mira! Aquí está la foto tuya. La vamos a poner junto a las de tus hermanas. ¡Las tres Marías! Qué distinta te ves en esta foto. ¿Fue con cigarrillos que te quemaron la cara? Son unos brutos. No aprenden. Ella se extraña, ¿por qué el tuteo? No entiende mucho, se anima a preguntar: ¿Cuándo voy a salir? Todavía no, faltan algunos trámites, pero será pronto. Ella insiste: Hace un año que no veo a Alexis Leiva, que no tengo contacto con nadie. Él, paternal: Chiquilla, eso lo sabemos. A tu novio ya lo tenemos. Tú, tranquila. Mientras habla se incorpora y rodea la mesa. Parado, con los brazos cruzados al frente de ella, ha vuelto a ser el de la mañana. La observa en silencio. Ella, con ese chaleco minúsculo que le han dado y el blue jeans demasiado estrecho, se encoge en la silla hasta casi desaparecer. El hombre se agacha, toma su cara entre las manos, la obliga a mirarlo. Es otra cosa lo que quiero. Ella se inquieta. ¿Habrán cambiado de táctica? Si no es por Alexis, ¿para qué me

retiene? ¿Por qué me ha elegido a mí? El hombre, con la mano empuñada y estirando solo el dedo del anillo, el meñique, le raspa las llagas. Ella no intenta nada. No dice nada. Solo rehúye la mirada que la examina. ¡Mírame!, grita él. Me gusta que me miren. ¿Me tienes miedo? ¿No fui yo el que te rescató esta mañana? ¿No soy acaso el que está tratando de ayudarte a ti y a tu familia? ¿Para qué crees que los tengo a todos en una carpeta? Dime que no me tienes miedo. ¡Dime: «No te tengo miedo!» No tengo miedo, no tengo miedo, repite ella obediente, aunque tiembla. ¿Te duele?, pregunta él, hurgando en las costras. Se ha sentado a horcajadas sobre ella, la aplasta, comprime sus caderas. Está embelesado jugando con su cara. ¿Te duele? Ella asiente con la cabeza. Espera, no te muevas, voy a ayudarte, ¿ves qué delicado soy? Saca del bolsillo de su pantalón una navaja pequeña. Clava la punta en una herida, levanta entera la costra y se la muestra. Si quiere-

mos bonita la cara, sin cicatrices, hay que descostrar donde hay infección pues, muñeca. En cada acometida la chica siente la hoja pequeña, filosa, bailar cerca de su ojo. A pesar del dolor, temerosa, no se mueve, no chista. Él emprende la tarea con esmero, se toma su tiempo para no dejar residuos. Cuando termina, manan hilos de sangre de las heridas. Ahora hay que desinfectar, dice, y para eso nada mejor que la saliva, como los perros. ¿Te gustan los perros? ¿Te gustan? Dime: «Me gustan los perros». La muchacha balbucea: Me gustan los perros. Él gruñe en su oreja, gimotea como un cachorro. Empieza a lamerle el cuello. Luego recorre con parsimonia el rostro de ella. Son lengüetazos fibrosos que hacen arder las llagas. Sin embargo, al rato, esos movimientos rítmicos, calientes, la atontan, la adormecen. ¿Cuánto dura el ritual? Cuando el hombre se retira, ella abre los ojos. Lo oye llamar a un subalterno por teléfono. Con un pañuelo se limpia, acucioso, los restos de coágulos en los pelos del bigote. ■